
ALBERTO EDWARDS

En prensa ya este número de nuestra Revista, que debe aparecer en los primeros días de Abril, sobreviene la muerte de Alberto Edwards, «EL ÚLTIMO PELUCÓN». No podemos sino, rendirle por esta causa un homenaje breve. Decían de él que era un monárquico. Quizá. Estaba impregnado en la tradición política, autoritaria, que comienza en Portales y en Manuel Montt, dos tenaces organizadores de la República, y que no pudo fructificar más adelante, porque la evolución de las ideas políticas y de gobierno se orientaban obstinadamente hacia un ideal, cada vez más liberal. Edwards era partidario del ejecutivo fuerte, dominador. Más que todo de una tradición de sobriedad política, austera, solo, posible, en los comienzos de la organización republicana. Solo que esta posición ideológica le impidió, en muchas ocasiones, penetrar en la verdadera médula del mundo nuevo, nacido de la post-guerra y combatió con toda la fuerza de su temperamento, las doctrinas democráticas avanzadas. Todos sus libros, especialmente LA FRONDA ARISTOCRÁTICA, están orientados en esta concepción de gobierno. Su viaje a través del panorama político chileno, es un viaje de emoción o de admiración hacia las formas de autoridad. De los libros de interpretación de nuestra realidad política es quizá, de los más interesantes y más llenos de novedad. Trabajaba a la manera spen-

gleriana, trazando grandes cuadros, de sobria factura y un poco fatalistas, porque veía la lenta y segura descomposición de la sociedad, sacudida por la acción de las teorías demagógicas.

De la ADMINISTRACIÓN DE MONTE, ha dejado capítulos admirables, por la intensidad, por la documentación, por la energía del análisis. De los historiadores políticos es el menos fatigoso. Trabajaba sobre materias áridas, dándoles una sensación de frescura y de novedad, que hacían particularmente grata su lectura. Y es que en el fondo de ese hombre de apariencia huraña, había un imaginativo. Una sensibilidad que pugnaba por desbordarse. El género histórico no lo agostó. como a tantos, que parecen escribir con nieve o con papel mojado. Vivía en él un doctrinario y aun cuando sus ideas, chocaran con las nuestras, le seguíamos con sincero interés en la elaboración de su pensamiento, en la trayectoria de sus vigorosos esquemas.

Vivía voluntariamente recluso en una soledad que sin duda extrañaba a los que no conocen de que renunciamentos está hecha la vida de los labradores del pensamiento. Era un gran estudioso. Un temperamento henchido de energía, tal vez a contra pelo con nuestra realidad, puesto que la tradición se erguía viva y fuerte en él, y solía encadenarlo a un mundo ya desaparecido. El mundo contradictorio de hoy, de transición penosa, hecho de grandezas y de miserias, de brutales materialismos y de increíbles desprendimientos, le causaba, sin duda la impresión de lo que se hunde en una tierra sin auroras, blanda y opresora, indiferente, fría, sin cordialidad. El tenía otra concepción de la vida. Con todo es una de las plumas históricas de mayor relieve de que puede enorgullecerse Chile. Era una pluma viva, áspera en ocasiones, sensible, por momentos impregnada de limpia imaginación. Recorrer las páginas que han quedado sembradas en la revista PACÍFICO MAGAZINE,

que él fundara con Díaz Garcés—ese otro escritor tan injustamente olvidado, y de tan profundo sentimiento criollo—es realizar un viaje lleno de sorpresas y de encanto a través de la historia, de la crítica literaria y de la fantasía.

No era hombre para actuar en la política activa. Las circunstancias, tal vez sus teorías políticas de autoridad, le llevaron a servir en un régimen en el cual no podía sentirse bien. Y le tocó, por una fatalidad ineludible, la etapa más triste de ese régimen. Es que en las democracias desorganizadas, los hombres son meros juguetes a veces, de las circunstancias. Suelen coincidir las teorías con ciertas formas prácticas de gobierno autoritario, pero la esencia, el nervio, la vitalidad de la doctrina, no puede sentirse solidaria con esos tipos de gobierno, especialmente cuando tales regímenes carecen de un principio filosófico superior. Y Edwards tenía un concepto, una filosofía de la política.

La muerte de Alberto Edwards, es una gran pérdida para las letras chilenas, y «ATENEA» rinde este homenaje al que fué también, uno de sus colaboradores.

M.